

*LA VOZ DE*  
CLAUDIO RODRÍGUEZ

POESÍA EN LA RESIDENCIA



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

## ÍNDICE

LECTURA DE POEMAS DE CLAUDIO RODRÍGUEZ <i>22 de noviembre de 1989</i>	9
Reseña biográfica	53
Bibliografía escogida	55
Índice de procedencia de los poemas	57
Índice de primeros versos	59

## ADVERTENCIA EDITORIAL

Se reproduce en estas páginas la lectura de poemas que Claudio Rodríguez ofreció en la Residencia de Estudiantes el 22 de noviembre de 1989, dentro del ciclo *Poesía en la Residencia*.

Se ha preferido dejar exenta la intervención del poeta, por lo que se han suprimido las palabras de presentación y el diálogo final con el público.

La transcripción de los comentarios a los poemas se ha realizado tratando de respetar lo más fielmente posible la palabra del autor, pero sin incluir repeticiones, interjecciones u otros «ruidos» propios del lenguaje hablado.

Los poemas, en cambio, se reproducen tal como figuran en las ediciones consultadas. Se indican entre corchetes los títulos, dedicatorias o epígrafes omitidos por el poeta al recitar y, en las notas que figuran al final, se da cuenta de algunas diferencias fundamentales de los poemas editados con respecto a su lectura. La lectura de los poemas pertenecientes a *Casi una leyenda*, libro todavía inédito en 1989, que ofreció muchas variaciones con respecto a su edición final, se transcribe íntegra en dichas notas.

Un índice de procedencia de los poemas informará al lector acerca de los libros a los que pertenecen, reseñados en su primera edición así como en la seguida para su transcripción.

CLAUDIO RODRÍGUEZ  
Lectura de poemas

Residencia de Estudiantes

*22 de noviembre de 1989*

Para mí leer mis poemas aquí, en la Residencia de Estudiantes, la «Resi», es especialmente emocionante, entre otras razones —razones históricas, como sabemos, culturales, la cultura viva de la Residencia—, por dos situaciones personales, que a mí mismo me dejan un poco asombrado. La primera es cuando yo conocí a don Alberto Jiménez en el año 1963, en Oxford, junto con Natalia Cossío —Natalita, como se la llama en la Residencia—, tarde inolvidable junto a mis amigos y grandes poetas José Ángel Valente y Francisco Brines; y con mi mujer, que yo no sabía —bueno, lo sabía— que era hija de José Miranda, conocido en la Institución Libre de Enseñanza por Pepín Miranda, que fue uno de los grandes pioneros, por decirlo así, con palabras de Giner de los Ríos, de la fe moral de la Residencia y la Institución Libre de Enseñanza. Por tanto, quién me iba a decir a mí, un muchacho joven, un poeta joven, que mi suegro era del grupo, como se decía subrayado, de Giner de los Ríos, alumno también de Antonio Machado. Todo esto que estoy diciendo, estas dos situaciones personales, me acerca mucho al ambiente de la Residencia, naturalmente. Yo tengo las primeras ediciones de Giner de los Ríos, etc. No voy a hablar de esto porque no lo creo conveniente. Yo he venido a leer

poemas y no a hacer muchos comentarios, que es lo peligroso que tengo ahora.



Lo primero que uno se pregunta, o yo me pregunto, es qué grado de familiaridad, de cercanía, tiene el autor con su propia obra. En mi caso es casi mínima o ausente, por lo tanto los comentarios que yo vaya haciendo, que intentaré sean muy breves, son volanderos y quizá inexactos, pero pienso que puede ser una orientación para poder ustedes seguir el camino de mi poesía.

Si la poesía, entre otras cosas, es una búsqueda, una participación entre la realidad y la experiencia poética de ella a través del lenguaje, claro está que cada poema es como una especie de acoso para lograr dichos fines. Quiero decir que, dentro de los poemas siguientes, la realidad y el lenguaje pueden asumir distintas vibraciones, muy variadas aproximaciones, gamas que han de establecer el proceso creador. En el fondo se trata de la aventura entre la intimidad y la realidad. Creo que es suficiente citar a Leonardo da Vinci cuando escribe: «En la pintura no falta sino el alma de las cosas fingidas y en cada cuerpo aparece íntegramente esa parte que una misma dirección encara»; cuando san Juan de la Cruz interpreta tan brevemente sus versos: «Mira que la dolencia / de amor, que no se cura / sino con la presencia y la figura», e intenta aclarar por qué esta figura es la que entiende el alma en que se desea transfigurar por amor; o cuando Rilke en el soneto XI de los dedi-

cados a Orfeo escribe: «Mas alegrémonos ahora por un momento / de creer en la figura. Que ello basta». O sea, ¿es transfiguración la creación humana, transfiguración, creencia, amor? Para mí, y repito que lo que estoy diciendo yo no son dogmas, ni leyes, sino una opinión personal, un poema nace no tan sólo de una visión actual, una experiencia concreta, sino de la aparición de dicha experiencia creándose en relación con la vivencia total del poeta y con el lenguaje. Se trata del origen y la finalidad de la contemplación viva, puede llegar a ser la palabra verdadera, como decía Antonio Machado. Goethe dice: «Si conozco la relación conmigo mismo y con el mundo exterior, llamo a eso verdad». Son palabras, como vemos, abstractas, pero, en mi opinión, sobre el fenómeno poético, entre otras cosas.



En fin, hagamos un breve itinerario a través de mi obra. Ejemplo de lo que estoy diciendo es mi primer libro, cuyo título es *Don de la ebriedad*. Comencé a escribirlo cuando tenía diecisiete años. Doy estos datos sucesivos y unívocos y creo que orientadores: la poesía como don y como una ebriedad, es decir, como un entusiasmo, en el sentido platónico de inspiración, de raptó, de éxtasis, o, en la terminología cristiana, de fervor. Conste que no puedo reproducir dichas sensaciones, pero sí aclarar que estos poemas brotaron del contacto directo, recorrido, con la realidad de mi tierra, con la geografía, con el pulso de la gente castellana, zamorana, etc. No se trata de una

poesía de la naturaleza, como escribían los tratadistas del siglo XVIII, ni tampoco de la poesía regeneracionista, analítica, social, de Unamuno, Machado, etc. Voy a leer alguna muestra de este primer movimiento, por decirlo así, o primer peldaño de mi poesía.

[I]

Siempre la claridad viene del cielo;  
es un don: no se halla entre las cosas  
sino muy por encima, y las ocupa  
haciendo de ello vida y labor propias.  
Así amanece el día; así la noche  
cierra el gran aposento de sus sombras.  
Y esto es un don. ¿Quién hace menos creados  
cada vez a los seres? ¿Qué alta bóveda  
los contiene en su amor? ¡Si ya nos llega  
y es pronto aún, ya llega a la redonda  
a la manera de los vuelos tuyos  
y se cierne, y se aleja y, aún remota,  
nada hay tan claro como sus impulsos!  
Oh, claridad sedienta de una forma,  
de una materia para deslumbrarla  
quemándose a sí misma al cumplir su obra.  
Como yo, como todo lo que espera.  
Si tú la luz te la has llevado toda,  
¿cómo voy a esperar nada del alba?  
Y, sin embargo —esto es un don—, mi boca